

Rodrigo Cánovas

**Macarena Areco. *Cartografía de la novela chilena reciente. Realismos, experimentalismos, hibridaciones y subgéneros***

Santiago de Chile: Ceibo, 2015. 275 pp.

Rodrigo Cánovas es profesor titular del Departamento de Literatura de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago. PhD en Literatura Latinoamericana, University of Texas at Austin, Estados Unidos. Autor de *Literatura de inmigrantes árabes y judíos en Chile y México* (Iberoamericana-Vervuert, 2011) y *Voces judías en la literatura chilena* (Cuarto Propio, 2010). Correo electrónico: rcanovas@uc.cl



LEO EL TÍTULO de este libro y de inmediato siento que estoy en un jardín de senderos que se bifurcan, puesto que se nos invita a seguir diversos caminos que simultáneamente se van desviando y entrecruzando, poniendo en contacto cuerpos y experiencias muy alejadas. Por fin, un texto que de modo claro y preciso nos presenta vivencias literarias opuestas —realismos, experimentalismos— que se continúan en ejercicios de hibridación y de generación de subgéneros: cyberpunk, neopolicial, ciencia fantástica, videojuego. Es el vértigo del presente, dibujado en mapas cognitivos donde el sujeto transita por diversas series de acciones y juegos de pensamiento, que lo liberan de esquemas pensados para otros tiempos y circunstancias. Un mapa que también esboza un rostro, el de la dignidad, el de la ética, pues cada forma literaria, cada gesto formalista, están ligados a una contextualización y exigen un acto de fe. Cartografías que conllevan, entonces, nuevos comportamientos colectivos.

Con este libro, Macarena Areco se incluye en la serie de críticos que fundan el pensamiento histórico en el registro minucioso y apasionado del momento presente. Es la maravillosa obsesión por el presente, no para negar lo que ocurrió, sino para asegurarse un pasado menos monumental y menos reprimido, para así habitarlo de mejor manera. Enunciación también de las nuevas voces narrativas que exhiben sus propuestas de genealogías alternas; gesto crítico presente en la crítica latinoamericana del siglo XXI, cuyo ejemplo privilegiado es el libro *Los prisioneros de la torre*, de Elsa Drucaroff, monumental esfuerzo de un archivo reciente de la literatura de la posdictadura escrita por los jóvenes argentinos.

Una cartografía que se presenta como un juego de rayuela para los lectores; y una producción del conocimiento desde el ejercicio de taller, donde Macarena dialoga con sus alumnos, jóvenes investigadores, y promueve así el aprendizaje mutuo. Ya imaginamos el desbordante entusiasmo, el rigor metodológico de las sesiones de lectura y el franco diálogo de nuestra autora con su grupo de estudio formado por Marcial Huneeus, Jorge Manzi y Catalina Olea. Dar espacio a los otros es darse espacio a sí mismo, es hablar de una comunidad: la plaza pública universitaria, la clase abierta, la escucha de los otros, la conversación permanente.

La composición de esta obra me parece ejemplar, por su claridad en exposición y conceptos. Primero, los *mapas*, esbozos de los distintos lenguajes que animan la novela chilena actual, con énfasis en sus enrevesamientos. Son panoramas que tanto simulan totalidades como las difuminan, al exhibir las transformaciones de los géneros literarios y los nuevos pactos de lectura que ponen entre paréntesis la noción tradicional de mimesis. Y en una segunda parte, *ejercicios*, es decir análisis textuales que enriquecen la síntesis anterior con ejemplos concretos. Desfilan aquí el cuerpo íntimo barroco de Diamela Eltit, el escenario

luciferino cyberpunk de Jorge Baradit, los monstruitos con nuevo ADN de Francisco Simón Rivas, el *comic* apocalíptico de Álvaro Bisama, los espectros de Nona Fernández, las rebeldías ambiguas de Alberto Fuguet, los saberes y técnicas anacrónicos de Cristián Barros, la visualidad y lujo léxico de Antonio Gil.

Y existe un capítulo final de cierre, que ensaya una mirada transversal a la novela chilena y visita sus antiguos pórticos (aquellos de *Martín Rivas* y *Casa Grande*), los tajos de la ciudad (*El río*, de Gómez Morel, *Lumpérica* de Eltit) y los exilios e inxilios. Sorpresivamente, a modo de cota iluminante, ya casi finalizado el viaje por la actualidad literaria, se ensaya recién una mirada de soslayo hacia los orígenes, para refundar génesis y destino. Ahora, una vez que la escribiente se ha logrado crear sola al amparo del presente, recién lo utiliza en plenitud como atalaya de observación del linaje y sus circunstancias para generar un capítulo suplementario de su obra.

Despejando los espacios subjetivos de nuestro relato nacional Macarena enuncia tres espacios: la intimidad (marcada por el enclaustramiento del orden burgués que ahoga el mundo), la intemperie (que conlleva el abandono de una casa-feto para contemplarse desnudo en el espectáculo de las miserias del alma) y el trayecto perpetuo, las idas y vueltas, la mirada perdida de Odiseo ante Penélope ausente y con Telémaco ocupando el trono. De la intimidad rescato la congelada imagen del acuario, presente en la novela actual, por ejemplo, en *El nadador*, de Gonzalo Contreras, donde se exhibe la soledad de un *yo* que se contempla en su vacío, cuya marca es la vigilancia. De la intemperie, nombro el deambular existencial del joven Aniceto Hevia de *Hijo de ladrón*, en busca de la luz, que libera y ampara. Por último, en una nueva mirada a un presente en fuga, aparecen las figuras esperpénticas que regresan a la patria chica, para encontrarse con sus sombras: la jueza Larco de vuelta a un pueblo de mala ley en *El desierto*, de Carlos Franz; el escritor Shapiro visitando un círculo local literario infectado en *Veneno*, de Roberto Brodsky, un padre demasiado joven que se pierde en los vericuetos de sus barrios de infancia en *Formas de volver a casa*, de Alejandro Zambra; todos personajes queribles por su entereza y fragilidad.

Vuelvo ahora al modo de exposición crítica de Macarena Areco. Tiene una gran lucidez para definir conceptos en un mínimo espacio, siendo muy cuidadosa con la carga epistémica que conllevan. Y, por ello, los puede activar y desactivar, conectándolos siempre con contextos históricos y, más aún, con el aquí y ahora de nuestra existencia vital. Define, argumenta y luego ejemplifica, realizando un atento examen de la causa, como si estuviera esgrimiendo las pruebas ante el gran tribunal de los lectores, a los cuales hay que otorgarles un relato ideológico para que los remezca, les guste o no. Su amplio registro teórico y crítico es más

bien una referencia móvil que no agota los queribles objetos literarios; además, lo global nunca chupa completamente los escenarios marginales; mientras que lo local es ubicuo y dibuja el mapa latinoamericano.

De los muchos aportes de esta autora a la crítica latinoamericana, menciono en primer lugar sus inquisiciones sobre la novela híbrida, caracterizada por “la mezcla de subgéneros narrativos, la multiplicidad y la fragmentación, la desterritorialización y la transtextualidad” (218). Su análisis, que tiene presente una treintena de relatos de los últimos veinticinco años, incluye un diálogo con voces argentinas, peruanas y mexicanas, lo cual otorga una proyección cultural amplia a su palabra.

Menciono también su gran aporte en la recreación y reconfiguración del archivo referido a la ciencia ficción en Chile, al otorgar una visión diacrónica de estos relatos, atendiendo a su estatuto teórico y a los aportes historiográficos de la crítica nacional. Cada uno de sus ejercicios monográficos inquiriere con sencilla lucidez sobre las formas (retóricas e ideológicas) de las obras tratadas. Así, celebramos su impecable ensayo sobre los textos de Antonio Gil, marcados por la función poética, la visualidad y la ficción histórica, y en el caso del libro *Las playas del otro mundo*, por sus referencias al ocultismo y la psicología profunda de Jung. Se vuelve sobre autores ya conocidos, como Francisco Simón Rivas, al mostrar su producción reciente, adscrita a los juegos monstruosos con la imaginación científica. Y al dar cuenta de un experimentalismo ya instalado, se visita la casa chilena como espacio panóptico, en un estudio sobre *Los vigilantes*, de Diamela Eltit. Aquí se nos muestra que los personajes son pensamientos y sus acciones son *performances* de una teoría que, no olvidemos, es otro posible relato vivo de nuestra existencia. En fin, el efecto ideológico es la pulverización del lenguaje sublime, la desarticulación del folletín y el adiós casi definitivo a la *cajita feliz* de la familia chilena.

Atenta al surgimiento de seres híbridos en el escenario ciberpunk, Macarena Areco realiza una lúcida lectura de *Ygdrasil*, de Jorge Baradit, dando claves para internarse en un laberinto luciferino que el hombre del presente ha construido para perder su cuerpo y su alma. Por último, menciono su análisis de la novela *Mapocho*, de Nona Fernández, presentada como un *folletín escatológico*. Este estudio es relevante en la producción crítica, por cuanto se plantea como un debate conceptual e ideológico sobre las diversas lecturas que se han hecho de este relato. Es el debate que nos hace falta en el ámbito de la crítica literaria en Chile, lo cual conlleva la superación del eufemismo y también una reflexión filosófica más profunda sobre los modos de apropiación de los modelos teóricos en boga.

Paso ahora, de un modo breve, a referirme a los capítulos escritos por los colaboradores y partícipes activos de este proyecto. Marcial Huneeus pasa revista a los usos y transformaciones del género policial en la literatura chilena. En la monografía dedicada a *Caja negra*, de Álvaro Bisama, Marcial expone con gracia y talento las trece desquiciadas historias que componen esa obra, proponiéndolas como “una serie de nichos o pequeñas explosiones de violencia [...] que terminan intensificándose hasta la saturación, dando paso a una suerte de final apocalíptico” (240). En efecto, solo en un relato que fusiona todo tipo de imágenes del cine *b* y el cómic, cual fantasías de un personaje secundario que no logra entrar en escena, puede mostrarse el crimen como matriz de una sociedad exhausta.

Jorge Manzi realiza una amplia discusión sobre la supuesta filiación de una serie de novelas a un programa vanguardista y experimentalista del siglo XX. Se desplaza la noción de una *literatura experimental* a la noción barthesiana de *ilegibilidad*, la cual estaría exenta de un ímpetu de trascendencia, pues aparece acotada al ámbito de juegos y estilos herméticos, que tendrían un limitado alcance en la deconstrucción de los signos. Su monografía sobre la obra de Cristián Barros despeja los usos de archivos de saberes anacrónicos que sustentan una extravagancia textual que sí cruza el límite de lo inesperado.

Y, finalmente, Catalina Olea presenta con gran ímpetu vital un amplio panorama sobre la tradición realista y sus distintos pactos de la lectura, por cuanto la relación con el referente, con lo que se concibe como realidad, sufre transformaciones en el tiempo y de un autor a otro. Destaco aquí, entre otros aportes, su reflexión sobre los parajes del *yo*. Esta primera persona, adquiere en la literatura del siglo XXI autoridad epistémica; ahora bien, en muchos relatos de carácter testimonial este *yo* incluye un *nosotros*, lo cual conlleva una intención de representación colectiva.

Concluimos que este texto desordena el archivo de la literatura, mediante la inclusión no solo de nuevos materiales, sino de una sensibilidad que cambia las series y combinaciones que componen nuestro orden cultural.